

MARTÍNEZ LÓPEZ, Miguel
Ocupaciones de viviendas y de centros sociales.
Autogestión, contracultura y conflictos sociales
 Ed. Virus, Barcelona, 2002

¿Qué es el movimiento *okupa*? ¿En qué contexto ha surgido? ¿Cuáles son sus objetivos y estrategias? ¿Cuáles son las peculiaridades del caso español? ¿Qué relaciones mantiene en su entorno urbano con otros movimientos sociales pasados y presentes? ¿Qué tipo de conflicto social es el que protagoniza? Miguel Martínez, profesor en la Universidad de Vigo, realiza en esta obra una investigación sociológica acerca de uno de los movimientos menos estudiados, y a la vez, que mayor crecimiento y visibilidad pública ha experimentado desde mediados de la década de los noventa.

Pero el libro no se limita a llevar a cabo un mero análisis descriptivo de las características más sociológicas del movimiento (estética, composición social y condiciones de vida), sino que indaga también, por un lado, en los factores socio-económicos y políticos que provocan su surgimiento y consolidación en el Estado español, lo que serían las “estructuras de oportunidad espacial y social”. En este sentido, el autor señala el crecimiento de los precios inmobiliarios en las dos últimas décadas, el aumento del desempleo y la precariedad laboral, así como la crisis de las formas de organización y protesta de la izquierda como factores que han incidido especialmente en la juventud, parte de la cuál habría optado por organizarse en este movimiento en base a la

denuncia política y pública que se hace a partir de las *okupaciones*.

Por otro lado, se investiga en los principales “marcos de referencia” que dan sentido a las acciones del movimiento. En primer lugar, y en continuidad directa con movimientos urbanos predecesores (el vecinal y el contracultural), destaca el autor la propia historia del movimiento. En segundo término, una ideología libertaria y de ecología urbana extraordinariamente heterogénea, con reivindicaciones socio-políticas que comienzan con la *subversión* del lenguaje (por ejemplo, la letra ‘k’ sustituye a todas las ‘c’ y las ‘q’ en un acto de rebeldía gramatical). Por último, una constante producción cultural autogestionada en los centros sociales que contribuye a dotar al movimiento de una identidad colectiva reconocible pese a su heterogeneidad formal.

Para el estudio de estas cuestiones, se recupera aquí la perspectiva de análisis de autores como Alain Toruaine al entender que las características de los (nuevos) movimientos sociales se definen subjetivamente, esto es, que un movimiento social es lo que dice que es; es por ello que debe examinarse entonces qué dice de sí mismo el movimiento *okupa* para entender qué es. Así, a partir de un enfoque dialéctico consistente en conceder prioridad a las técnicas de observación participante,

al análisis discursivo de los textos del propio movimiento y los medios de contrainformación, y a técnicas de investigación cualitativas (entrevistas, talleres, jornadas de debate, etc.), el autor logra comprender y reconstruir en buena medida la historia de uno de los más recientes movimientos sociales urbanos.

Sin embargo, pese a que el autor rescata algunas ideas de Touraine y critica enfoques como el de Castells, también señala que los esfuerzos sistemáticos y “urbanos” del segundo suponen una mayor motivación para el desarrollo de esta investigación, a la vez que rechaza las generalizaciones “sociales” del primero.

Respecto a las principales aportaciones teóricas del libro, Martínez subraya dos conceptos que no están presentes en gran parte de las teorías sobre los movimientos sociales y defiende su aplicación para categorizar los distintos movimientos. En primer lugar, la noción de *autogestión* haría referencia a una “autoorganización mediante la democracia directa de todo lo económico, lo político y lo cultural”. En segundo término, una mayor o menor *transversalidad* se derivaría de la medida en que los movimientos sociales tienen como “prioridad estratégica el ejercicio simultáneo de un poder de resistencia a dominaciones globales (o transversales: en espacios económicos, ecológicos, políticos, culturales, etc.)”. Por último, el autor enfatiza también la existencia de una “creatividad en forma de proyectos positivos de transformación social” en los (nuevos) movimientos sociales.

En cuanto a la distribución del libro, éste se haya dividido en dos partes claramente diferenciadas. En la primera se señalan los aspectos más relevantes del contexto social, político y urbano directamente relacionados con el movimiento de *okupación*. En este sentido y dado que, tal y como explica Martínez, se trata de un movimiento fundamentalmente constituido por “jóvenes”, se examina principalmente las situaciones laborales, espaciales y culturales de la juventud española en las tres últimas décadas.

Posteriormente, relaciona el autor estos aspectos con el conflicto social concreto más relacionado con las demandas centrales del movimiento: la problemática de la vivienda, la especulación inmobiliaria y, en definitiva, las políticas de reestructuración urbana.

Un aspecto especialmente relevante del análisis radica en el estudio de la relación del movimiento de *okupación* con otros movimientos sociales (vecinal, insumisión, pacifista, antiglobalización), así como sus vínculos con otras variantes europeas del mismo (Inglaterra, Alemania, Holanda, Italia), de las cuales se presenta también el contexto particular de las políticas estatales respecto a vivienda y empleo. Además de los puntos de convergencia, el autor es capaz de identificar singularidades propias del movimiento de *okupación* en España. Entre ellas cabe destacar en primer lugar, el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, en nuestro país un gran número de las *okupaciones* se llevan a cabo con el objetivo de hacer visible reivindicaciones socio-económicas o políticas, mien-

tras que en otros lugares (por ejemplo, Inglaterra), están orientadas a conseguir la propiedad pública de las viviendas y su cesión a los ocupantes; es decir, que existe un mayor énfasis en la *okupación* de centros sociales autogestionados (CSA) que de viviendas. Del mismo modo, no suelen estar protagonizadas por familias pobres (como ha ocurrido y ocurre en países como Inglaterra), sino que una gran parte de ellas tiene una composición social principalmente de cohortes jóvenes de distinta clase social, pero con el denominador común de poseer un alto capital cultural. Otro aspecto esencial para comprender el devenir reciente del movimiento *okupa* y las situaciones de conflicto que ha protagonizado con las instituciones es la reforma del código penal llevada a cabo por el último gobierno socialista en 1995 y que entró en vigor en 1996. Con este nuevo código penal, la ocupación pacífica de bienes e inmuebles en desuso pasó a ser considerada un delito, dejándose de tramitar por la jurisdicción civil y pasando directamente a la penal, status que solamente había tenido una sola vez (con la dictadura de Primo de Rivera) desde 1870. Las consecuencias que de este hecho nos muestra el autor son el incremento de la represión policial, así como de su visibilidad pública y mediática y, paradójicamente, la expansión del movimiento con un incremento exponencial de las *okupaciones* y de las manifestaciones de apoyo al mismo.

La segunda parte del libro (capítulos 5-8) se centra ya en el movimiento de *okupación* en nuestro país y, en concreto, en el estudio de sus límites,

estrategias y repertorio de acciones. Para ello, se realiza un recorrido histórico por su evolución desde sus orígenes, con las primeras *okupaciones* que le servirían luego de referencia, hasta las etapas más recientes caracterizadas por la maduración y la visibilidad pública del movimiento, así como por el aumento de la represión de sus protestas.

El capítulo sexto se adentra en los marcos de identidad del movimiento a partir de un análisis del discurso de forma cualitativa. El autor nos ofrece una selección de los núcleos más significativos de los discursos ideológico más explícitos entre los activistas en cada una de las etapas, relacionándolos con algunas de las principales ideologías de los últimos siglos. En este sentido, se destaca su carácter anticapitalista con la idea de “reapropiación” colectiva de bienes, del espacio, del trabajo y del tiempo desde perspectivas heterogéneas, pero más cercanas al anarquismo que al marxismo, en la medida en que se enfatiza la defensa de libertades individuales y de colectivos con diferencia de criterios. También sus prácticas acercarían al movimiento a la corriente libertaria que el autor denomina “neoanarquista”, tanto por lo que respecta a la autogestión de cada *okupación* como por el predominio que se le da a la acción directa, rehusando las formas institucionales de participación política. Una vez identificados los marcos de identidad ideológicos del movimiento, Martínez analiza la contracultura específica “creativa y crítica, que moviliza y proporciona recursos” que habrían construido los *okupas* y

que serviría como “imán de atracción social” a los CSA. Así, el autor señala la programación de conciertos como una de las prácticas culturales “estrella” en la red de los CSA, aunque no la única. El extenso abanico de actividades desarrolladas en los CSA abarcaría desde proyecciones de cine y vídeo, charlas y debates, comedores populares, distribuidoras de información y música, edición de revistas y *fanzines*, radios libres, recitales de poesía y cuentacuentos, asesorías jurídicas y laborales, cooperativas de trabajo y consumo...

El capítulo séptimo aporta evidencia empírica acerca de la compleja y ambigua relación que el movimiento de okupación mantiene y ha mantenido tanto con los poderes locales y municipales, como con los medios de comunicación de masas. Los ayuntamientos, por un lado, serían el principal objetivo de las protestas debido a su posesión de propiedades en desuso y a su responsabilidad en los desalojos, además de las críticas evidentes a las políticas urbanísticas y de juventud. Los *mass media*, por su parte y según la interpretación del autor, obviarían que el repertorio de acción del movimiento *okupa* es fundamentalmente no violento (y no institucional), enfatizando por el contrario los incidentes de violencia ocurridos como consecuencia de determinados desalojos. En este sentido y pese a no llevar a cabo un análisis exhaustivo y sistemático al respecto, Martínez señala algunas interesantes hipótesis respecto al tratamiento del movimiento por parte de los medios. Así, estos habrían sido más benevolentes hasta 1996 (fecha de la entrada en vigor del nuevo Código

Penal), más con la *okupación* de viviendas que con los CSA y, en tercer lugar, más con la idea de “necesidad” que con la de “reivindicación”.

El último capítulo del libro recupera cuestiones ya tratadas respecto a la composición social del movimiento y de sus dinámicas vitales y políticas, mediante el análisis (a modo de “entrevistas abiertas”) de cuestionarios respondidos por miembros del movimiento, así como de jornadas de debate posteriores. Respecto a la estructura demográfica, se pone de manifiesto la alta homogeneidad de edad adulta-joven (19-30 años) y la diferencia sexual (más de la mitad de los activistas son de género masculino). En cuanto a la clase social, los resultados son más ambiguos, aunque parece existir siempre un elevado componente de capital cultural entre los activistas. No obstante, el bajo número de respuestas a la encuesta obliga a ser precavidos a la hora de valorar las conclusiones extraídas a partir de estos datos.

En cuanto a los aspectos críticos del libro, debe tenerse en cuenta que se trata de una obra pionera en un campo inexplorado. Probablemente debido a este motivo, puede argumentarse que se trata de un análisis muy genérico, que toca sólo de soslayo algunas cuestiones esenciales en el estudio de los movimientos sociales. En este sentido, se echa de menos un estudio más exhaustivo de las oportunidades políticas, mediáticas, “sociales y espaciales” ofrecidas por los distintos contextos institucionales a los que se enfrenta el movimiento *okupa*. Aún reconociendo que la dimensión princi-

pal de su estructura de oportunidad es la estatal, en una configuración tan plural como es el denominado Estado de las Autonomías debería atenderse también al impacto que ha podido tener en los distintos niveles de políticas públicas de la administración, dado que especialmente a nivel local la variación puede ser muy relevante.

Por otro lado, una investigación más sistemática tanto de los eventos de protesta como de la imagen pública del movimiento a través de los medios de comunicación podría complementar el análisis discursivo de los textos del propio movimiento presentado aquí. En ocasiones, da la impresión de que se han extraído conclusiones a partir de datos de muestras difícilmente generalizables, por lo que sería conveniente una contrastación empírica de los datos ofrecidos con algún tipo de evidencia más sistemática y rigurosa. Sin embargo, debe reconocerse también el esfuerzo que supone estudiar un movimiento contestatario que, en buena medida (y con todas las matizaciones que entraña esta provocativa afirmación), *no desea ser estudiado*,

como sugiere el hecho del alto índice de no respuestas en los cuestionarios utilizados por el autor, o el escaso número de debates y textos de análisis surgidos desde el propio movimiento. El movimiento de *okupación* o por las *okupaciones* es el gran desconocido entre los nuevos movimientos sociales, especialmente en el ámbito académico. Ello ocurre en toda Europa Occidental y Estados Unidos, pero resulta particularmente evidente en el caso español. De hecho, este es el primer libro académico centrado en el movimiento *okupa* español del que se tiene conocimiento. En conclusión, debe valorarse la contribución que realiza Miguel Martínez en este campo como un análisis imprescindible, a la vez que único, para todos aquellos estudiosos interesados en los nuevos movimientos sociales, las subculturas y contraculturas urbanas, y las formas de participación ciudadana en las actuales democracias representativas.

JAVIER ALCALDE VILLACAMPA
Instituto Juan March